

Afirmación del evangelio de la caridad cristiana y elogio de Buga, ciudad de señorío y de leyenda (1)

Por Mario Carvajal

Observa Alfredo Mendizábal, en su introducción al hon-do y bello libro de Gilson "Por un orden católico", que hay palabras que de puro usuales y usadas, de tanto ir y venir y de tanto rodar, van perdiendo sus contornos definidores y desgastándose como esas viejas monedas a las que el continuo pasar de mano en mano roba los perfiles, aplanan los relieves y deja convertidas en un círculo metálico ilegible y convencional. Esas palabras disminuyen así la plenitud de su significado originario, se vacían de su propio sentido conceptual y, perdida su objetividad, acaban por ser símbolos borrosos, en los que cada cual deposita su pensar y su sentir subjetivos. "La cosa en sí y por sí, se transmuta en la cosa en mí, o en los otros; mas, en cada uno, para sí, antes que para los demás; con exclusivista, parcial y egoísta significación, desnaturalizada".

Dícelo Mendizábal a propósito de la palabra "orden". Yo evoco su exacta observación respecto de la palabra "caridad". No hay duda de que, en el correr del tiempo, esta voz sagrada, esencia y luz del cristianismo, ha ido sufriendo merma y apagamiento en su legítima virtud, la que recibió del corazón y la plática del Maestro, y mantuvo entre los primeros fieles de la Iglesia, y conserva todavía en las almas de elección, aquéllas en que la enseñanza ofrece su pristina pureza.

La profesión católica tiene su fundamento en la caridad. La caridad es el alma de la Iglesia y debe ser el sello y signo del cristiano. Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo: hé aquí la ley.

La caridad, entendida en la integridad de su concepto, comprende todas las manifestaciones de la vida del hombre, desde el principio inmaterial de su espíritu hasta los

(1) Discurso pronunciado durante la Semana Católica de Buga.—Septiembre de 1938.

más humildes menesteres de su actividad orgánica. Ejércese, pues, de múltiples maneras y tiene un alcance y señorío, una extensión, una serie de movimientos y recursos para los cuales no existe, en el concierto de las cosas sensibles, otro término de relación que el de la luz, que, como ésta, nació antes que criatura alguna de la entraña de Dios, y es, como ella, comunicativa, penetrante, pacificadora, humilde y pródiga, leve y resplandeciente. Sin la caridad, vale decir, sin la ley del amor, el universo no existiría, puesto que lo que gobierna el orden cósmico, lo que hace su existencia posible, es el equilibrio de las atracciones, y sin la luz el Génesis no se hubiera cumplido. El hombre y las cosas existen en la luz y en el amor, sillares en que Dios asentó la empresa de su creación. Sin la luz y el amor no podríamos concebir el hombre y el universo, en razón de que ellos constituyen sus elementos esenciales. Dios moraría en el seno de su misteriosa soledad, que se basta a sí misma y cuyo arcano rebasa nuestra mínima inteligencia, como la mar el cuenco de la tradición agustina. De la manera que la luz, la caridad llena el mundo, y como ella, puede reducirse al contenido de una llama o un corazón: que por eso la llama, cuando se la deja en libertad, toma siempre forma de corazón, recogida en la base, y abierta, como una flor de fuego, en la cupulilla de oro.

De donde tenemos que la caridad, como todos los conceptos de universal esencia, nos resulta inefable. Toda definición la limita; toda explicación apenas si aprehende, deslustrándolo, alguno de sus aspectos; todo esfuerzo de condensación nos sale insuficiente, porque su sér escapa al ambicioso círculo en que pretendemos recogerla. Observadlo: todas las nociones que participan de la categoría del espíritu el hombre las aprieta en su mente, y al hacerlo, las desfigura y diseca, como las flores que pasan, sin ninguno de sus atributos de color y perfume, del tallo materno a las hojas muertas de un libro o a las láminas eruditas de los herbarios. Así la verdad y el bien; así la poesía y la belleza; así la caridad; así todos y cada uno de los sentimientos fundamentales del hombre.

En una de sus palabras luminosas, San Pablo, sin definir la, proyecta sobre el concepto de caridad su usual claridad definitiva: "De nada me serviría repartir todos mis bienes entre los pobres si no tengo caridad". Lo que nos enseña que la caridad no es acto exterior sino interno. De ahí que carezca de valor en cuanto al objeto de ella y sólo lo tenga en cuanto al sujeto. No es, pues, el dón lo que constituye la

caridad, es el espíritu, la fuerza interior que mueve a otorgarlo. Acto místico, la caridad es, así, una manifestación de Dios en nuestras almas. Tiene, por ello, un carácter esencialmente religioso. Nunca, al menos en la plenitud de su sér, se produjo la caridad como movimiento natural. "Los hombres, son palabras de nuestro admirable soñador, de cuyo se persiguen y acometen como los otros animales; pero el amor social, la caridad política sí son cosa posible por gracia de Dios y por obra de la doctrina cristiana, que sigue desarrollándose en el curso del tiempo". La única manera de concebir la caridad es como virtud sobrenatural. "La historia así lo dice, continúa Luciano; la conciencia así lo atestigua, pues, la abnegación, el sacrificio, el perdón, donde brotan y prosperan es en la era de la caridad cristiana, bajo la voz y la mirada de Cristo". Sin la semilla del amor de Dios, sin el influjo de la gracia divina nunca será posible al hombre esta disposición que, en el fondo, es una superación de sí mismo, puesto que se produce en contradicción con las inclinaciones primarias de su sér pervertido por todas las concupiscencias que anidan en la carne, especialmente por la del egoísmo, que se opone, antes que todas, a la armonía social, a la convivencia generosa, a la unificación de todos en la filiación divina. Sólo la conciencia de esta filiación maravillosa, imposible sin la luz del principio religioso en nuestras almas, puede encender en nosotros la hoguera de la caridad. Religión, etimológicamente, es vínculo, ligadura, unidad. Luego religión y caridad se confunden. Suprimida la una, la otra desaparecerá, necesariamente. Apagada la llama que la produce, la luz se extinguirá.

No hay en esta conclusión prejuicio religioso. Al revés, llegamos a ella por un camino de deducciones rígidamente intelectuales. Y nos respaldan en ella la experiencia de todos los tiempos y el espectáculo actual del mundo, agobiado de pesadumbres por la abundancia de odio, negación de la caridad, o más precisamente, anti-caridad, que lo invade y domina. Nada más falaz que esos flamantes movimientos de protección humana que actúan, o vocean (más vocean que actúan, generalmente) al margen del Evangelio, en nombre de una solidaridad simplemente natural, que así, por glacial, carece de toda vida verdadera y perdurable. Empresas son, las de esta índole, tanto más sonoras cuanto más huecas, más vacías de realidad amorosa. Mas si nos detenemos en su análisis, encontraremos que para animarse acuden y apelan a un sentimiento religioso invertido, a algo

que pudiéramos llamar un sentimiento de religión irreligiosa. Son formas de resistencia, más o menos velada, al cristianismo. En algunas, como en el comunismo, la resistencia es franca. El comunismo, más que un sistema político, es una religión. Una religión sin Dios. Eliminada su profesión atea, el comunismo se extingue como concepción filosófica. Otras tendencias deifican a la naturaleza, y andan por ahí tratando de sustituir el sentido sobrenatural de la caridad por conceptos opacos, en el fondo tan materialistas como el principio ateo, que nada dicen, que nada pueden decir al corazón del hombre. Y es que, como ya ha sido observado, en la base de toda cuestión humana alienta una necesidad religiosa. Dios lo hizo así: toda resistencia al hecho de su voluntad inapelable resulta ceguera y extravío.

Notoriamente alumbrada por la Providencia, la Iglesia ha sido siempre, en este sentido, la única institución que ha servido sin eclipses a los desheredados. La única en que el servicio a la humanidad no aparece nunca velado por mezquinos intereses terrenos, precisamente porque su reino, que es el de Cristo, no pertenece a este mundo, ni en él persigue, por lo tanto, otro fin que el de asegurar la redención del hombre mediante la instauración de un orden adecuado para que las almas conquisten la morada de paz y felicidad indeficientes. Todas las instituciones que, sin mirar al destino metafísico del hombre, han pretendido y pretenden resolver los problemas sociales, pecan contra la naturaleza en cuyo nombre dicen obrar, porque ésta, en lo que al hombre se refiere, no se contiene en los límites de la materia, a la cual, en virtud de sus principios, atienden, por modo exclusivo y excluyente, esas empresas. Obras del tiempo y para el tiempo, el mismo tiempo, ministro de la muerte, las desequilibra y las destruye. Porque para obrar eficazmente sobre el tiempo se necesita partir de un principio de eternidad.

Entendida de este modo la caridad, acentúase como deber sagrado en nuestras conciencias y ensánchase inmensurablemente como horizonte ante nuestros ojos. Nada queda fuera de ella, como nada existe fuera de Dios y de su luz. Entendemos entonces cómo son infinitos los medios que de practicarla se nos ofrecen, y nos abisma como exigencia perentoria lo que reputábamos como simple abundancia o generosa largueza de nuestros corazones. Entendemos entonces cómo la manifestación primera y más alta de la caridad es la oración, que es el vuelo del hombre a Dios. Y oramos por nosotros y por los demás, que ya son nuestros hermanos.

En la oración por los demás florece el perfecto desinterés. Es la caridad que inunda en sus aguas y quema en sus fuegos primordiales nuestras almas. Nos sentimos en ella impulsados hacia nuestros semejantes por una fuerza que nos incorpora a la humanidad como a un círculo en cuyo centro irradia Dios. Lo que no era sino piedad, se convierte en amor. Toda sombra de egoísmo desaparece y nos hundimos en la conciencia universal con un fervor arcano, que lejos de disminuir nuestra personalidad la afirma y acentúa en la emoción de encontrarnos asociados, por obra y gracia de la unidad espiritual, a la paternidad divina.

¿Cómo lograr esta admirable sensación, esta consoladora certidumbre, si, negado Dios en nuestra conciencia, negamos consecencialmente la igualdad original y la predestinación gloriosa a que hemos sido dispuestos por la voluntad creadora y los méritos de la redención cristiana? Suprimid estos postulados y habréis roto el plan divino, y con él toda razón de ser para la sociedad humana. De ahí el caos en que se angustian los hombres y los pueblos que, sustituyendo a Dios por mitos intelectuales o civiles, se empeñan en forjar nuevos motivos de asociación, sin lograr otro resultado que el de encender cada día con más fuerza este combate animal del hombre contra el hombre, la clase contra la clase, naciones y razas contra naciones y razas diferentes, o así consideradas como si no las amparara el signo de una común Paternidad, combate asolador para el mundo y que engendra, en calidad de fruto inevitable, la barbarie que sigue y despedaza a las almas desviadas de su destino original.

Si siempre, en cada etapa de su desenvolvimiento, los pueblos y naciones anduvieron necesitados de caridad, porque sin ella la convivencia humana viene a ser imposible y establécense la discordia y la guerra en donde debieran reinar la armonía y la paz, en estos nuestros tiempos de crisis, convulsos como una mar mecida por vientos de tormenta, la caridad adquiere la urgencia de recurso único, singular para el mundo y sus hombres. Vana toda empresa jurídica, todo esfuerzo de orden civil, toda tentativa de organización democrática que no se apoye en esta columna divina, que es a la vez que sillar maestro, eje insustituible a cuya órbita no pueden, sin desquiciarse, escapar las leyes de la rotación universal. Fuele dada por la sabiduría y la voluntad insondables la misión de esablecer entre todas las criaturas, como proyección de Dios entre ellas, de Dios que es el

amor infinito, el vínculo sagrado, sin cuyo sostén nada existe que se sustraiga a la disolución y a la anarquía. Cuando el hombre cierra su corazón a la caridad, se disgrega interiormente; cuando los pueblos se desprenden de su influjo se hacen recinto de pesadumbres y fuentes de desgracia y perversión. El universo, desde el astro que rutila en el firmamento hasta la hormiguilla que dibuja geoméricamente sus caminos sobre la espalda de la tierra, es un ejemplo de caridad, porque sumiso se halla siempre a la ley suprema de la armonía. Sólo el hombre quebranta el mandamiento de Dios. Por eso él engendró el dolor y renueva cada día la desventura en su descendencia.

Pero épocas hay en el discurso de los tiempos en que la negación de la caridad es más aguda y difundida en las sociedades humanas. Una de ellas, la que estamos viviendo. Encuentra explicación este fenómeno en las circunstancias de nuestros días, que son, queda dicho, días de crisis, de una de las más hondas crisis porque ha atravesado la humanidad. Este caos, esta desorientación, esta angustia, esta sombra de pesimismo que aflige los espíritus, no son otra cosa que la resultante de un acontecimiento profundo y no advertido todavía en su ecuménica trascendencia y menos aún interpretado con el acierto requerido para la aplicación de las soluciones que demanda e impone.

Aclaremos. El mundo, bajo el influjo del Renacimiento, primero, y luégo de la revolución industrial inglesa del siglo XVIII y de la revolución social y política francesa, que trajeron el paganismo como concepto de la vida, el mercantilismo como fin de la sociedad y de las naciones y el liberalismo (aludo al sistema filosófico universal, no al hecho político colombiano) como principio de gobierno, crearon una conciencia individualista y establecieron así, sobre un falso sentido de libertad, la autonomía casi absoluta del hombre. Desapareció la concepción corporativa de la sociedad y las naciones, que, como una derivación o ensanche civil de la doctrina cristiana, había constituido la esencia de la Edad Media. Al signo espiritual, que entraña un orden religioso de familia en el conjunto social (la comunión de los santos de la enseñanza evangélica), sucedió un signo positivista, que limitó, suprimiendo el horizonte metafísico de la vida, la visión y el vuelo del hombre, convertido así de agente del bien común en instrumento limitado a su bien particular. Por donde viene a quedar encerrado en sí mismo como en un círculo que lo aísla en su propio egoísmo del cuerpo

social de la humanidad. Surgió de aquí, como lo observa Tristán de Athayde, el concepto del Estado como órgano estrictamente político; y la vida económica y espiritual de la nación fue relegada al puro arbitrio individual, en la confianza, rectificadas plenamente después de la guerra europea del 14, de que la armonía necesaria surgiría forzosamente de la libre concurrencia de esas actividades. El resultado que todos conocemos, lo precisa el ilustre pensador en el hecho de "la desconexión de las actividades, que quebró toda unidad social, puesto que el poder económico se desarrolló de manera considerable pero anárquica, guiado tan sólo por el interés individual del momento. El espiritual, por su lado, se difundió sin contacto con la vida pública y fue relegado al dominio casi exclusivo de las conciencias".

Una circunstancia ajena a la esencia misma de esta etapa histórica, pero vinculada a ella temporalmente, no como resultado sino como fruto coincidente de la inteligencia, acudió a dar fuerza y brillo accidentales a esta concepción recortada y por lo tanto falsa de la vida. Fue esa circunstancia, la del progreso de la técnica mecánica alcanzado en los dos últimos siglos, factor capital en el desequilibrio registrado como consecuencia de esta moderna desviación de la filosofía y del mundo, desviación cuyas conclusiones han sido "la hipertrofia del poder político, el repudio del poder espiritual y la anarquía del poder económico". "La filosofía burguesa e individualista, confirma el maestro brasileiro, nació de una falsa prosperidad momentánea, producida especialmente por la introducción de *la máquina* en la economía social, lo que por algún tiempo obnubiló las conciencias en cuanto al verdadero carácter de la vida en general y de la vida social en particular. El Estado fue reducido al mínimo en sus funciones y la sociedad se consideró como un simple *ambiente* para el libre y autónomo desenvolvimiento del individuo. Ese es el criterio sobre la vida que domina a nuestra sociedad burguesa desde hace dos siglos, y contra el cual se enfrentan de un lado la concepción socialista y del otro la concepción cristiana".

Este es el terrible momento en que el eje rector se desplaza del beneficio colectivo al individual. Nacen entonces, en lo económico, el capitalismo, y en lo político, la democracia. El capitalismo, que "deshumanizó la economía", arruinó el trabajo singular y la hermosa artesanía y acabó por romper "los marcos de la sociología económica finalista o cristiana". La democracia política, esencialmente natura-

lista, que mintiendo elevar el hombre a la medida de todos los valores, estableció un régimen espiritual anárquico y consagró como norma suprema el relativismo integral, puesto que para ella nada es bueno ni malo en sí mismo, sino en cuanto traduce y manifiesta la voluntad de una mayoría.

El esplendor efímero del mundo bajo esas normas disociadoras, que se reputaron como la cifra máxima del orden, sin advertir el desorden interno que las minaba, produjo el extravío casi universal de las inteligencias, y, lo que es peor, el endurecimiento de los corazones. Mas el gusano de Dios roía esta fábrica inestable. Recordemos la profecía de Donoso Cortés, que, como un varón bíblico, vio lo que se escondía en aquella arquitectura inconsistente y viciada y anunció el desequilibrio venidero, en que ahora nos hallamos: "Descartado todo lo que es sobrenatural, y convertida la religión en un vago deísmo, el hombre, que no necesita de la Iglesia, escondida en su santuario, ni de Dios, atado al cielo como Encédalo a su roca, convierte sus ojos hacia la tierra, y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos y de las impaciencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres".

A esta catástrofe llegamos veinte años atrás, y no hemos salido de ella todavía. Más aún: apenas nos hallamos entrando al mar de fondo en que la borrasca habrá de culminar. Un día los intereses encontrados de las naciones precipitan el choque, a cuyo impulso la historia quiebra el curso en que venía y el hombre se halla, como el viajero que acababa de recorrer un túnel, frente a un nuevo horizonte. Ese el sentido trascendental, todavía no suficientemente avaluado por el pensamiento humano, de la guerra europea. Una nueva era principió en ese acontecimiento, que fue la clausura trágica de una edad y el doloroso nacimiento de otra, caótica aún, como la gestación del alba, y que, como el alba misma, puede resolverse en un día luciente o en una jornada de sombra y tempestad.

Cabría aquí el estudio, o la anotación, al menos, de los antecedentes filosóficos (la historia es hija de la filosofía, es decir, derivación o consecuencia del pensamiento de los hombres) que nos trajeron a este crucero de tendencias en-

contradas en que nos hallamos, y del que sólo la caridad, o sea la participación del espíritu de Dios, puede sacarnos al valle de paz y luz que, de distinta manera pero con ilusión idéntica, todos estamos anhelando con fiebre de agonía. Mas ese análisis, excesivo, por otra parte, para el alcance de mis fuerzas, no cabría en el marco de esta hora y rebasaría la intención de esta lectura, destinada a una visión de hechos y no a un alineamiento e iluminación de orígenes y circunstancias determinantes de esos hechos.

Quede, pues, consignado únicamente en este punto que el régimen individualista aludido, en que el Estado había sido reducido a una función policial, *l'Etat gendarme*, al culminar en la catástrofe europea, dio vida a las tendencias opuestas a que, por reacción social y como consecuencia del naturalismo filosófico que lo inspiraba, había venido dando sér y fuerza latente, tendencias representadas por el Estado absolutista, de las cuales tenemos hoy expresiones, de un lado y otro, caracterizadas por métodos de similar violencia. En uno de esos lados la tendencia se define por el predominio del poder político (Italia y Alemania), y en el otro por el predominio del poder económico integral y absorbente, como es el caso de Rusia.

La acción revolucionaria de esta última orientación, y los principios fundamentales, no sólo anticristianos sino ateos, que la informan, ha venido a plantear ante el mundo una lucha trascendental. El signo ecuménico que el comunismo le otorga no es sólo una aspiración moscovita, sino una derivación necesaria del espíritu revolucionario esencial que anima esta corriente. El comunismo no es, pues, no podía ser un movimiento nacional, ni siquiera de raza. Es una doctrina universal, y las doctrinas universales no pueden, sin negarse a sí mismas, detenerse en los límites geográficos de un pueblo. Una doctrina universal concebida en la negación del cristianismo. Al reaccionar contra la concepción individualista, que había desintegrado la unidad indispensable de los poderes político, económico y religioso, el comunismo se orientó hacia el frente opuesto de la civilización cristiana, y eliminando los factores meramente políticos de los cuales había nacido, determinó esta guerra a muerte en que nos hallamos entre él, con su sede en Moscú, y el cristianismo, representado por la Iglesia católica, con su sede en Roma.

Tal el hecho. La historia universal va por un cauce nuevo. Lo que antes existía sólo existe en nuestros días por

un fenómeno de inercia, el mismo que hace que los cuerpos se muevan por el impulso recibido cuando ese impulso ha cesado ya. La era del capitalismo individualista ha concluido. La influencia que de él reciben todavía algunos pueblos es una influencia crepuscular, de auténtica decadencia. La orientación del mundo varía en un momento preciso. Pero la mentalidad producida en los hombres por las orientaciones anteriores subsiste durante un período más o menos prolongado, como la luz del sol anima todavía los campos después que el sol se ha perdido en el horizonte. Para el cumplimiento total de la evolución se requiere la completa renovación de las generaciones comprometidas. Es por eso por lo que en el cauce nuevo continúa aún corriendo agua vieja.

Entran aquí las responsabilidades de que os hablaba. La lucha de las doctrinas y de las prácticas comunistas, que son nuestros huéspedes actuantes, no es con las milicias angélicas ni con legiones de los hipotéticos marcianos. Esa lucha es con la Iglesia de Cristo. Es decir, con nosotros. ¿Estamos persuadidos de ello? ¿Nos hallamos cumpliendo nuestro deber, o estamos siquiera listos a cumplirlo?

No será ello posible si no nos inspiramos en el espíritu de la Iglesia, que es espíritu de caridad, en el sentido pleno, integral que hemos tratado de dejar establecido en el principio de estas reflexiones, y cuya suficiente ignorancia hace sonreír a tanto sabio racionalista que anda todavía por ahí, en su pretendida vanguardia intelectual, pensando que caridad es equivalente de limosna. Cúmplenos, por lo tanto, la obligación de renovar y rectificar en nuestras almas y nuestra conducta (repetámoslo: en nuestra conducta) la formación evangélica perjudicada, cuando no desfigurada totalmente, debido al influjo individualista que alcanzó hasta nosotros por el ambiente en que fuimos formados y del que no hemos salido todavía. Para usar la expresión insustituible de San Pablo, es preciso que muera en nosotros el hombre viejo, aquí doblemente exacta, para que nos revisitamos del hombre nuevo que haga florecer en nuestro espíritu la filiación y la milicia de Cristo. Para destruirlo en la sociedad, debemos antes destruir en nosotros el desorden antiguo, engendrado de manera especial por la concupiscencia naturalista y capitalista, a fin de que pueda imperar el orden nuevo, regido por la generosidad cristiana que constituye el primer peldaño de la caridad, escala única por la cual nos será dado ascender a Dios, y vía única también por

la cual podrá el mundo salir a la luz de esta noche oscura de los tiempos, abismada en su propio laberinto.

Hé aquí la actualidad indeficiente, por divina, de la doctrina católica. De donde puede concluirse que no sólo en el orden sobrenatural, sino aun en el temporal, el social y el político, fué de la Iglesia no hay salvación.

Hora grave ésta en que nos ha tocado vivir, y propia al diálogo con nuestra conciencia de creyentes para decidir, a la luz de nuestra verdad íntima, hasta dónde es viva o muerta nuestra fe; hasta dónde nos hallamos en el espíritu de avaro e indolente aislamiento que preconizó la éra en agonía, o hasta dónde hemos dado cabida en nosotros al renacimiento cristiano que ha de redimir al mundo de las acechanzas que lo cercan; hasta dónde cooperamos a la buena pelea en que se halla comprometida la cristiandad, o hasta dónde nos acogemos a la torpe esperanza de que la Iglesia sirva de amparo a nuestra tranquilidad y nuestra codicia impenitente; hasta dónde entedemos la filiación divina como obligación de servicio heroico a la doctrina de Cristo, o hasta dónde interpretamos esa filiación como garantía de nuestro presunto derecho a la salvación terrena y ultraterrena sin más deberes que el simple, mecánico y falso cumplimiento de unas ritualidades ausentes de todo espíritu y verdad, no menos contrarias al Señor que la ostentación farisea del rígido cumplimiento de la ley. La profesión religiosa no es almohada de perezas y egoísmos, ni cobertor de desmanes e injusticias, ni alero para avaricias y explotaciones inhumanas de débiles e indefensos, sino mandato de fraternidad, yunque y forja de empresas apostólicas, escuela de abnegación y de trabajo, cátedra de ejemplos edificantes, estímulo de acción privada y social, deber, en fin, de caridad.

Nos hallamos en un punto en que, para nosotros y para el mundo no existe sino un remedio. Digámoslo otra vez con palabras de Athayde: "El del retorno a Dios. No existe otro. No hay dos. Ese es el único. Es también la mayor revolución para desviar el curso de nuestra progresiva desespiritualización.

"Necesitamos rehacer el camino ya recorrido. Precisamos colocar de nuevo el problema económico en el complejo de la verdad integral, natural y sobrenatural. El error ha sido dar a la vida humana, individual y social, una finalidad puramente temporal. El error ha sido hacer al hombre el fin del hombre, a la sociedad el fin de la sociedad.

"Y con ello cometer algo que es más que una herejía,

pues constituye un absurdo: eliminar a Dios en el gobierno de las cosas del hombre. Más que un error, más que una blasfemia, más que un suicidio: ha sido una estupidez.

"En tanto que ese atentado contra la inteligencia no sea integralmente reparado es inútil buscar un poco de equilibrio sobre la faz de la tierra. Ningún proceso práctico, económico, político o social será inútil si aunque remotamente nos conduce a esa reparación. Desde los actos más concretos de la vida cotidiana hasta las especulaciones más abstractas del pensamiento filosófico, todo en nosotros debe tender a ese ideal preciso y nítido, que es la llave de todas las soluciones.

"Necesitamos insertar en la vida individual de cada uno de nosotros el problema espiritual, el problema de la realidad sustancial de Dios, el problema de la primacía del espíritu como el problema de los problemas.

"Necesitamos buscar: en la vida doméstica, la sacramentalización de la familia y la espiritualización de la educación; en la vida profesional, la subordinación de la economía a la moral y la cooperación íntima de las clases entre sí, bajo la égida del Estado; en la vida cívica, el predominio político de los grupos y la reasociación de los tres poderes básicos disociados: el político, el económico y el religioso; en la vida internacional, la paz universal bajo el amparo del Príncipe de la Paz, de Cristo, el Hijo de Dios; y finalmente, en la vida sobrenatural (que es la propia vida natural en su estado de gracia) necesitamos buscar a Dios, a través de Cristo y de su Iglesia, mediadores necesarios del hombre en su ascensión a la finalidad última de su destino.

"El dilema es único e inexorable: o queremos ser gobernados por la ley del amor, de la variedad y de la justicia social verdadera entre los hombres y nos entregamos a la soberanía absoluta de Dios; o desdeñamos lo invisible, negamos la primacía del espíritu, reducimos la vida a una lucha implacable y aceptamos inexorablemente el tránsito lógico del capitalismo al comunismo, o sea al materialismo integral, entregándonos en definitiva a la soberanía absoluta de la fuerza.

"Soberanía de Dios y soberanía de la fuerza: ese el trágico dilema que se presenta a los hombres desorientados de nuestros días".

* * *

Cuán grato a los que soñamos, en medio al caos que nos asedia, con la restauración del orden cristiano de la vida,

con la incorporación de Cristo a todas las manifestaciones de la sociedad, con la cimentación de la familia y de la patria en el espíritu amoroso del Evangelio, pauta única de la humana armonía, es hablar de estas cosas cardinales en el recinto de esta ciudad ilustre y a la luz y calor de estas horas quemadas al fuego de un motivo sagrado.

Buga ha desenvuelto su historia sobre un cauce escoltado, a una orilla y a otra, por una doble y magnífica tradición: la de su hidalgo señorío y la de su fidelidad religiosa, alta de nobleza y esplendor la primera, pura y vigilante, como candela bíblica, la segunda. Han florecido aquí, nutridas infatigablemente con el brío legendario que con su timbre y su donaire pone en ellas su aliento y su razón, las más nobles virtudes de nuestra gente, las que asistieron ayer al nacimiento de la república y habrán de animar en el futuro la gloria continental de sus laureles. Y han florecido, al propio tiempo, en esta parcela generosa de nuestra adorable comarca, en entrañable equilibrio con aquéllas, como que son ellas mismas elevadas a esfera superior, las virtudes que engendra la fe en Dios y la voluntad entregada a su servicio.

Hay, en lo espiritual, un signo inequívoco de elección en los pueblos: el desenvolvimiento en ellos de una leyenda religiosa. La leyenda no requiere para su validez de la comprobación histórica, documental y mustia, precisamente porque ella está más allá de la historia, debajo y encima de ella, en su raíz y en su atmósfera, como en sus fondos invisibles y en el aire que la circunda encuentra la superficie de la tierra los elementos que la alimentan y dan sér. La historia dice relación a la inteligencia. La leyenda al espíritu. De ahí que la historia sea, muchas veces, hija del error, voluntario o involuntario, de los hombres. La leyenda, alumbrada por una luz profunda, es siempre el dorado fruto de la verdad. Nada importa que en ocasiones la niegue la razón. Ella perdurará, intocable, en su sér misterioso, en su sentido arcano, en su esencia divina. Por eso la leyenda es la luz con que logramos penetrar en el alma de los pueblos extintos y la única claridad que, cuando el tiempo ha borrado las huellas superficiales de la historia, nos da la clave para la interpretación de su pensamiento y para la exacta ponderación de los valores que alcanzaron a llegar al proceso de la cultura universal.

Es así como a su encanto inmarcesible suma la dulce leyenda de Nuestro Señor de los Milagros una singular tras-

cendencia que anima y colora todos los órdenes de la vida en esta ciudad amada de los hombres y de Dios. Los altos timbres conquistados para su nombre por las empresas inmortales de sus hijos, fueron un día coronados por la luz celestial que a ella advino, callada y esplendorosa como el alba, en la imagen que desde entonces proyectó sobre sus muros el resplandor que enciende las paredes de los santuarios y convirtió los caminos que en ella se entrecruzan en sendas de romería indeficientemente rumorosas de peregrinos.

Y desde entonces todo tiene en este lugar un alto signo religioso: esa lumbre de ausencia soñadora, en que la ironía original, vencida por la propia sombra humana que la engendró, no alcanzó a ver la subidísima altura de donde descendía; la abierta y señorial estampa de su castiza arquitectura, que equilibra la austeridad exterior con huertos de fresca alegría mora; el canto crepuscular de sus campanas, tocado de esa dulzura indefinible que sólo pueden gustar el oído y el corazón en el recinto de las ciudades místicas; la misma proverbial belleza de sus mujeres, encendidas como las palmeras de nuestros campos en una dorada claridad de lejanía: lejanía en los ojos hechos a la contemplación de las praderas melancólicas, lejanía en la voz quebrada siempre en la piedra silenciosa del sueño; aun el tono de la atmósfera, que sin perder el maravilloso brillo de nuestro cielo, cae aquí tamizado por un filtro telúrico que lo hace más reposado, más discreto, más puro. El paisaje aledaño participa también de esta influencia de arcano, bonancible sosiego. La suelta anchura del Valle, que rechaza a confines inalcanzables la custodia de los montes entre los cuales se tiende su garganta, pliégame, al sur y al norte, al acercarse a Buga, como para acendrarse en el recogimiento y ofrecer a la ciudad un regazo más propicio al ensueño y a la meditación, una morada menos solicitada por los ámbitos de la tierra y más atenta a las mareas de luz y música del aire. La eufórica esmeralda de la llanura muéstrase aquí apagada por el azul ascendente de las montañas y el azul que acude a su encuentro del arco disminuído de los cielos.

Un numen misterioso dispuso esta confluencia de circunstancias cuya suma había de ser la cifra espiritual que aquí ha fulgido siempre, como un pozo contemplativo que a la vez fuera un hito en el centro de la comarca maternal. Nada quedó faltando al símbolo, ni siquiera la sugestión profética del nombre, que en una palabra de ignorada significación redujo a una exquisita unidad de melodía, sorda y

evasiva, todos los elementos que, obedientes a una ley inescrutable, concurren a la elaboración de este solar elegido, para su reposo y decantación, por las aguas encantadas de la leyenda. Ya ha sido observado por un fino espíritu extranjero el hondo alcance de sugestión eufónica que se encierra en el nombre, breve en la enunciación, largo en el eco, de esta ciudad absorta. Voz de afelpada resonancia, cabe en la modulación de queja voluptuosa que nos impone al pronunciarla todo un mundo de significaciones espirituales. Buga. Más que nombre, esta voz es una ventana abierta a un paisaje de leyenda, poblado de sombras inefables, de hondas luces muertas, de músicas en agonía. Hay algo en ella que se apaga y desvanece, como en el fondo de los confines nebulosos. Es una de aquellas palabras que más que se oyen se ven, y que sugieren la imagen de esas llamas que parpadean, hacia la noche, en el fondo de nuestras llanuras solitarias.

Siempre me ha asaltado el contraste que, como criaturas del sonido, presentan los nombres de vuestra ciudad y de la mía, y la perfecta concordancia que uno y otro ofrecen con los medios humanos e históricos que designan. Joyas de melodía vaciadas en dimensión idéntica; engendradas las dos en la sustancia indígena de la América, y envueltas ambas, después de la conquista española, en ese misterio de significación que ha prolongado hasta nosotros innumerables voces indias en su sér musical puro, desposeídas para siempre de su contenido conceptual, que suele velar en las palabras, con el ropaje de la inteligencia, su simple encanto fonético; viejos vasos de luz de una raza detenida, sin más función contemporánea que la de servir de espejos mudos a las villas y paisajes nativos, muéstrannos, al contrastarlos, esos nombres hondos diferencias de timbre y de color, que coinciden misteriosamente con las características de esas villas y paisajes y más aún con el matiz espiritual de sus gentes. Aquella mía, abierta, inquieta, bulliciosa, olvidada de su pasado, ciega a su tradición, golpeando siempre en su porvenir con la timbrada canción de los martillos en los yunques, recibió un nombre claro y fácil como su espíritu, Cali, un nombre que se nos escapa de los labios, en leve vuelo de aire, en cuanto para decirlo los movemos; un nombre que es una burbuja suspirante, una nota inasible, dos sílabas fugadas en el ala de oro y de cristal de la ele intermedia. A ésta de vosotros, reposada, mística, soñadora, memoriosa vestal de su pretérito, celosa siempre en el empeño de ajus-

tar todos los valores modernos a la medida patriarcal de los antiguos, fuele dado un nombre tan breve como el otro, Buga, mas no aligero como aquél, sino pausado y sordo, un nombre en que la u dominante pone una resonancia solemne, resonancia de eco, de vuelo, en fatigado rumor, por la cavidad de una bóveda eclesiástica. No vuela de los labios, sino que al aflorar a ellos regresa sobre nosotros, y se nos entra, difundido, como una sinfonía religiosa. Ese nombre de profunda, recóndita belleza es el punto de partida de la tradición señorial y legendaria de esta tierra en que todo tiene un sentido de evocación y un timbre de armonía con su historia.

Fiel a ese compromiso ancestral consigo misma, la ciudad celebra ahora con austeras festividades la erección en Basílica Menor del vasto, hermoso templo que ella elevó en ofrenda de amor y gratitud a Jesucristo y para reunir bajo sus naves la procesión jamás interrumpida de peregrinos que, de los cuatro puntos del horizonte, acuden a depositar su dolor y su plegaria a los pies de la santa imagen milagrosa.

Esta fiesta es, en Buga, no una asamblea convencional y frívola, sino la fiesta pura de su espíritu. No podía olvidar, y nunca lo ha olvidado, el privilegio singular que le fue concedido en la aparición del Crucificado que un día, como el pez de la esperanza, brotó de las aguas de su río tutelar, engendradas en la pureza de la gracia, y bajo el alero, puro como esas aguas, de la humilde mujer elegida para medianera del augusto mensaje, fue creciendo hasta llenar con la luz misteriosa del milagro el haz de la república.

Ese templo, ascendido hoy por el Pontífice de Roma a una alta jerarquía en la liturgia de la Iglesia, es el símbolo irradiante de la ciudad, en que la arcilla de su gleba se ha transfigurado hasta florecer en uno de los más excelsos faros de devoción de este retazo de las Indias católicas y aun de los dominios todos de la ecuménica cristiandad. Allí, en esa fábrica fastuosa, palpita el corazón de este pueblo y se hallan refundidos, con la veneración de las actuales, afanes y holocaustos sin número de las generaciones fallecidas. Allí, con el largo tributo de las gentes favorecidas por el beneficio de la fortuna terrenal, canta y blanquea la paloma de la viuda del Evangelio y rutila el "humano diamante" desleído en el sudor del artesano y del labriego.

Y allí congregas Tú, Señor, y acoges, en tu regazo de misericordia, colmena de todas las dulzuras, huerto de todos los aromas, bálsamo para todas las heridas, lecho para

todos los cansancios, divino nepentes para todas las desventuras y aflicciones, a la tropa de los dolidos caminantes que a Ti vienen por todas las andanzas de la angustia y de todos los términos de la desolación. Allí estás, como en la plegaria del clásico, los pies clavados por no huírnos, los brazos extendidos para estrecharnos, y también la cabeza inclinata para mejor oír el ruego de nuestra confianza.

Nos prometiste un día de tu tránsito por el tiempo estar en medio de nosotros, en permanente sacrificio, hasta la consumación de las edades. Las gentes de este pueblo y esta hora, combatidas por vientos temerosos, nos agarramos suplicantes a la tabla en que flota, sobre las aguas de ébano y amargura, tu promesa. Hé aquí que hacia Ti vamos, Señor, como el apóstol en el borrascoso atardecer de Tiberiades. La luz que vierte tu costado da firmeza a las ondas y nos alumbraba el derrotero.

Yo sé que el ala exigua de mi voz no alcanza a soportar el peso de tu doctrina. Mas por el origen divino que reconociste y afirmaste en la confesión del Pescador, vivifica, Señor, la palabra en que he venido a decir en esta hora tuya a las muchedumbres que te imploran, que sólo en Ti y en tu enseñanza, en tu evangelio de amor, que es caridad, y en tu regazo de paz, que es sabiduría al propio tiempo que ternura, pueden hallar los hombres la meta que persiguen. Aclara la mente de mi patria, dulcifica su corazón, acompaña la en su camino. ¡Escucha cómo en torno a tu santuario de esta ciudad preclara tus hijos repiten sin cesar, con Simón Pedro, roca de tu Iglesia: Señor, nosotros creemos y reconocemos que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo!

Defiéndela, en tu verdad, de las solicitudes de los falsos profetas, que la invitan a alejarse de Ti, como las turbas de Cafarnaúm, repitiendo que es dura tu palabra. Desde el día en que con las aguas de sus lagunas y sus ríos salvajes la incorporó a tu gracia el misionero de la conquista, ha desenvuelto su parábola en torno al eje de tu cruz. Desconociéndote y negándote, por una paradoja típica de nuestro tiempo, como lo observa un alto pensador, hombres obstinados en la locura de la rebeldía siniestra llaman al mundo a una fraternidad imposible por feroz, sobre la base absurda del desconocimiento o la ignorancia de la paternidad divina, y nos prometen, como la serpiente del pecado, hacernos dioses. Ampárala, Señor, y asístela en esta tentación de apostasía, vieja como el hombre y el mal y perpetuamente renovada como éste en sus halagos y en la voz del convite. Haz que

sólo vaya contigo y hacia Ti. ¿Con quién, si no, y hacia quién, por ventura, podría ir? Sólo Tú, Señor, tienes palabras de vida eterna.

MARIO CARVAJAL
Doctor en Filosofía y Letras de este Colegio Mayor.

